

## EL MONUMENTO AL CORAZON DE JESUS EN MONTEAGUDO

**E**N la historia de un lugar se producen a menudo hechos de no excesiva trascendencia que suelen escaparse de nuestro conocimiento con facilidad, pero que tienen la indudable importancia de reflejarnos una manera de ser que puede resultar peculiar y significativa de un determinado momento. Se trata, si se quiere, de una "historia menor", pero de evidente interés para quien se preocupe por los temas locales.

El caso del Corazón de Jesús construido sobre el castillo de Monteagudo es uno de estos ejemplos de pequeñas historias murcianas que, creo, será de interés analizar, porque, por encima del valor artístico del monumento, existen en su historia algunos hechos que nos retratan lo que era Murcia en la época de su construcción. El primer monumento que allí se levantó, obra como el actual, de Nicolás Martínez, fue realizado en los talleres de su padre, Anastasio, en 1926, y se diferencia considerablemente del que hoy conocemos, construido después que el original fuera destruido en la guerra del 36.

Y digo que su importancia radica más en el fondo que en la forma, incluso al margen de la simbología espiritual, porque el monumento allí levantado puede decirse que fue obra de toda Murcia, con un esfuerzo económico considerable, siempre alentado, y en cierto modo fraguado por la labor que en pro de la obra habría de desarrollar Antonio Meseguer, cuyo ingenio y constancia permitió el final feliz de la aventura.

Sería difícil encontrar en Murcia un par de años tan prolíficos en mo-



numentos como lo fueron el 26 y el siguiente, y más aún teniendo en cuenta que las obras de los mismos fueron en su totalidad, o en gran parte, sufragadas por el pueblo. Encontramos en este período dos monumentos de Planes en honor a Ricardo Codornú, el de Fernández Caballero frente al Teatro Romea, otro de San Francisco, obra de Antonio Ros, que se levantó en el Plano de San Francisco coincidiendo con el VII Centenario del Tránsito del Santo, el de Ricardo Sánchez Madrigal en el Parque de Ruiz Hidalgo, y algún otro que probablemente se escape de mi memoria, sin olvidar la Coronación de la Virgen de la Fuensanta, también en gran parte sufragada por el fervor popular.

Pero el más laborioso, el que mayores esfuerzos costó, fue lógicamente el de Montegudo. Para sufragar los gastos considerables que acarreaba la obra, se realizó una suscripción popular que, si bien permitió concretar la idea e iniciar la labor, pronto quedó pequeña y estancadas las cifras que se recaudaban. Y aquí tiene su sitio la figura del mencionado Antonio Mesguer que el día 1 de octubre de 1925 fundaba una "Cofradía de los 2.000", para lograr la inclusión en ella de 2.000 cofrades que habrían de satisfacer la cantidad mínima de 15 pesetas los individuos, y de 30 las familias o asociaciones que se quisieran inscribir. Con ello se pretendía lograr con creces la conclusión del momento para la que faltaban 30.000 pesetas, —y calculemos lo que esta cifra significaba, cuando un coche último modelo costaba poco más de las 4.000 pesetas, y era un lujo al que poquísimo podían acceder—.

Las cantidades menores a 15 pesetas se consideraban donativos y no daban derecho a formar parte de la Cofradía. Asimismo contribuían a la financiación del monumento los denominados Socios Honorarios o Mayordomos, también integrados en la Cofradía de los 2.000, que eran los que, desde el inicio de las obras, habían satisfecho la cantidad de 250 pesetas. También había una serie de suscripciones que aportaban mensualmente una pequeña cantidad.

Todas estas personas, además de ver sus nombres en las listas que periódicamente publicaba el diario La Verdad, tenían derecho a figurar en un libro que recogería los nombres de todos estos devotos del Corazón de Jesús, pertenecientes por lo mismo al Apostolado de la Oración. El citado libro se encerraría en el interior del corazón de la estatua, en el transcurso de su construcción.

Como complemento de la Cofradía de los 2.000 se creó en junio de 1926,



cuando sólo faltaban 16.000 pesetas para culminar la financiación total del monumento, la denominada "Cofradía de la Luz Perpetua", que había de sufragar la instalación de la iluminación del Corazón de Jesús y de una Virgen del Pilar que estaría en la cripta del monumento. La idea de esta Cofradía surgía, creo yo, para contener en ella a la gente de condición humilde que en absoluto podía aportar la cantidad exigida para integrar la Cofradía de los 2.000.

Serían cofrades de la Luz Perpetua aquellos que satisficieran la cantidad de tres pesetas, de una sola vez, y además de pertenecer también al Apostolado de la Oración, verían sus nombres escritos en otro libro que se encerraría en el corazón de la imagen, junto al de la Cofradía de los 2.000.

Una inesperada ayuda que en este momento tuvo el Corazón de Jesús sería la solemne proclamación de Pío XI en su encíclica "Quas Primas", dada el 11 de diciembre de 1925, de la Realeza de Jesucristo y su soberanía social, instituyendo la fiesta litúrgica de Cristo Rey, que habría de celebrarse todos los años el último domingo de octubre. La inauguración del monumento, pensada para el verano de 1926, se atrasó hasta la fecha del 31 de octubre, que era la primera ocasión en que se celebraría la fiesta de Cristo Rey.

Durante todo el tiempo de recaudación de fondos, el diario La Verdad fue puntual reflector de los avatares que en torno a la obra se iban produciendo, en contra de los tres diarios restantes de Murcia, El Liberal, Levante Agrario y El Tiempo, que demostraron su disconformidad con la idea del Monumento, no haciéndose eco de su construcción, limitándose a publicar una escueta crónica el día de la inauguración. En La Verdad de la época podemos encontrar, por el contrario, noticias de todo el proceso; incluso podría hacerse una lista casi completa de los nombres de quienes contribuyeron a la realización de la obra. La relación de nuevos cofrades aparecía casi a diario, y desde sus páginas se alentaba con frecuencia a los lectores a contribuir en la financiación del monumento; se explicaba con todo detalle lo que eran las cofradías organizadas, y se daba cuenta de la marcha de las obras, comenzadas en la primavera. En junio ya se iniciaba la colocación de la estatua principal, que sería un revulsivo para los que estuvieran indecisos. También en este momento recogemos la aportación de la cuota de tres pesetas por parte de algunos Centros del Apostolado de la Oración para la inscripción en la Cofradía de la Luz Perpetua de algunos socios pobres. Concretamente sabemos del Apostolado de la Oración de Santo Domingo



que alistó a 200 socios pobres, con las 600 pesetas que sobraron al celebrar con economía las fiestas de los años anteriores.

El monumento, ideado en el inicio de los años veinte, había pasado, cuando sólo era un proyecto, por momentos difíciles. Hacía falta algo tangible para que los posibles contribuyentes se decidieran a aportar sus donativos; en parte esto se remedió con la edición de una serie de tarjetas postales, que en esta época tuvieron un especial auge, algunas de ellas reproduciendo la fotografía de una maqueta inicial, que luego poco tendría que ver con lo construido, y otras haciendo un alarde de composición fotográfica, al colocar la figura recortada de un Corazón de Jesús sobre una foto de Monteagudo, fotografiando luego el conjunto. Poco importaba que incluso se adivinara el recorte en los bordes de la figura: se trataba de dar una idea —lejana desde luego— de lo que podría ser el monumento.

Y así, poco a poco, con una serie de anécdotas que sería extenso relatar, el Corazón de Jesús de Monteagudo fue levantándose: el 5 de agosto ya estaban los brazos extendidos, y pronto se encerraría las relaciones de contribuyentes en el corazón. Incluso para satisfacer quizá a quien no estuviera de acuerdo con el anonimato de los contribuyentes, se dispuso que habría otra relación de los mismos al pie de la estatua, en lugar patente y accesible. Aún así, y pese a los retrasos que se produjeron para la colocación de los libros en el corazón, la Cofradía de los 2.000 nunca llegó a la cifra marcada. Sabemos que el 1 de septiembre el número de cofrades era de 1.031, y poco después se publicaba la cifra que faltaba para acabar de financiar el monumento: 10.000 pesetas.

Pese a todo, el 31 de octubre estaba listo para ser inaugurado, construido en la explanada del castillo, con una base de más de 60 metros sobre la que se levantaba un pedestal rectangular de 20 m. de altura, con unos salientes a derecha e izquierda para colocar estatuas. La del Corazón de Jesús se adecuaba perfectamente a la representación tradicional que está tan extendida, y que luego el propio Nicolás Martínez repetiría con ligeras variantes en otros monumentos similares —Antonio Oliver contaba 11 en 1950, debidos al mismo escultor— (1). La imagen, con los brazos abiertos, protegiendo a la vega de Murcia, como era obligado en estas representaciones, medía más de 10 metros de altura, y tenía una cierta estilización general.

El monumento contaba con una cripta en la que se colocó una imagen

---

(1) Oliver Belmás, Antonio. *Medio Siglo de artistas murcianos*. Patronato de Cultura de la Excm. Dip. Prov. de Murcia.—Madrid, 1952.



de la Virgen del Pilar, que simbolizaba la fe española. En el saliente del pedestal, a la izquierda del espectador, iba colocada una imagen de S. Francisco de Asís, representando con ello al Cristianismo de la Edad Media, y dando gusto al mismo tiempo a los numerosos terciarios franciscanos extendidos por la diócesis. El saliente opuesto estaba destinado a S. Francisco Javier, que presenta ante el Corazón de Jesús a dos indios —típicamente ataviados—, en actitud de oración mientras el propio Santo extiende su mano hacia el oriente, señalando las nuevas regiones de infieles a donde se habría de extender el reinado de Cristo.

Ambas estatuas tenían alrededor de 4 metros de altura, y junto a dos relieves adosados al pedestal completaban la obra escultórica de Nicolás Martínez: en la parte posterior, la figura de Santa María de Alacoque, a la que el Corazón de Jesús le había manifestado su deseo de ser amado por los hombres, y en la anterior, el altorrelieve del Corazón de María, colocada en el centro por ser la "Medianera" por la que se reciben gracias divinas. En la parte superior, a la derecha e izquierda respectivamente se colocaron los escudos del Obispado —era un monumento diocesano— y el de Murcia.

La ceremonia de inauguración fue muy lucida: constaba de una multitudinaria romería, iniciada tras un repique de campanas, para a las 11 de la mañana asistir a una misa de campaña, con el altar situado en la explanada del castillo. Al alzar a Dios se dispararon tres bombas como señal para que en toda la huerta hubiera repique de campanas. Por la tarde, una procesión que partiendo de la iglesia de Monteagudo acabaría con la bendición del monumento, en el momento en que se encendieron las luces y se quemó un gran castillo de fuegos artificiales.

La "formidable iluminación" corrió a cargo del capataz de telégrafos Juan Nicolás García, y constaba de un total de 1.200 lámparas. Al frente se leía, formadas con luces, las palabras "Reina en España", y detrás, "Corazón de Jesús".

En toda Murcia se pedía que las fachadas de las casas estuvieran adornadas, e incluso los coches y carruajes que acudieran a Monteagudo debían estar también engalanados. Se vendían en diversos comercios murcianos y en las diferentes parroquias, unos corazones entre los colores nacionales, que serían distintivo para coches, etc. Incluso la "Junta Directiva de Señoras" daría un premio a los que adornaran con más gusto las fachadas de sus casas. Todo lo accesorio al acto funcionó a la perfección, fue una organización cui-

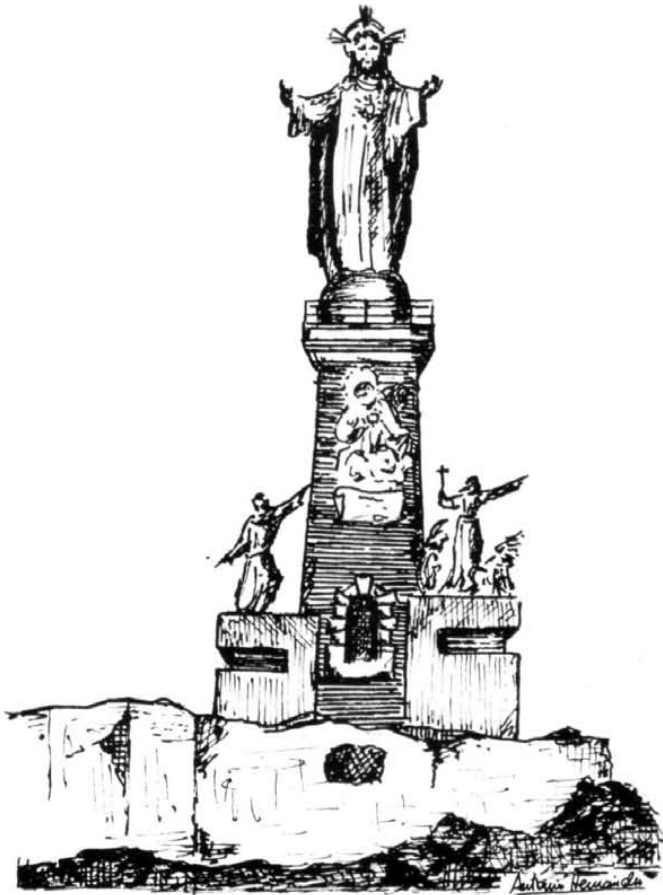


dada con todo detalle, desde la prensa —que hasta publicaba un poema firmado por Pedro Gil García: “Sedes tua, Deus... Monteagudo”— y desde el lugar del acto.

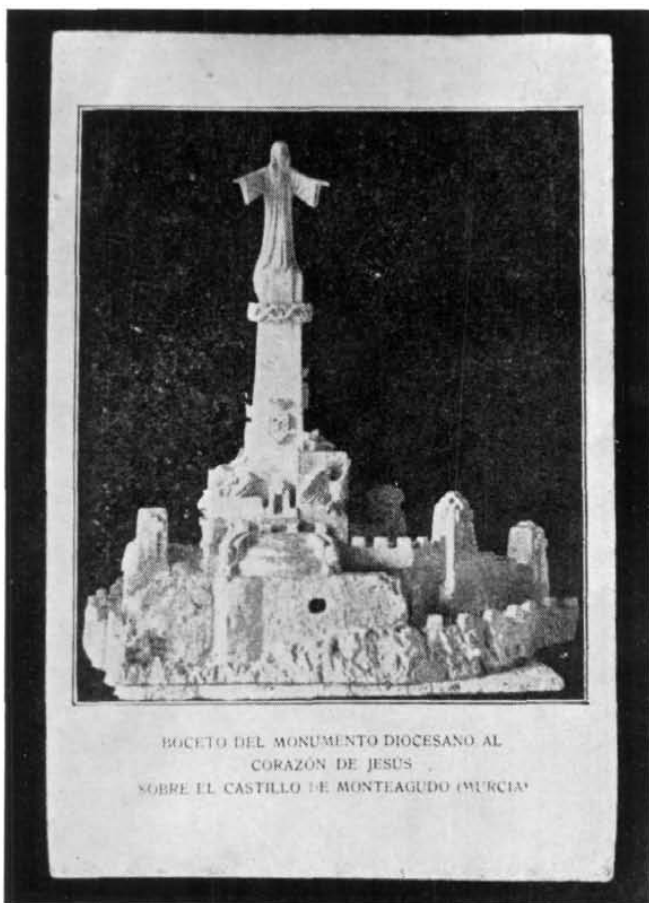
Murcia había logrado así la construcción de un monumento de más de 30 metros de altura, que había llevado a su autor más de 14 meses de labor y no pocos esfuerzos. Inmediatamente se constituía las Juntas Administrativas y de Conservación del monumento para lograr la pervivencia del mismo, así como la instalación de un transformador que garantizara la iluminación en el futuro, y otras obras de menor interés. En la Junta de Conservación, que evidentemente acabaría por fracasar en su intento, figuraba Anastasio Martínez, padre del autor, y como tesorero el propio Antonio Meseguer, auténtico protagonista de la costosa financiación del monumento.

Y quiero terminar este artículo insistiendo en el carácter de este tipo de obras, importantes más que por su valor artístico, evidentemente discutible y discutido, por haber estado realizadas por el esfuerzo del pueblo murciano, auténtico protagonista de estos episodios de nuestra historia reciente.





Dibujo del proyecto realizado. Original publicado en "La Verdad" el día de su inauguración



Uno de los proyectos del Monumento, que no se llevaría a cabo, publicado en tarjeta postal





VISTA GENERAL DEL MONUMENTO DIOCESANO  
AL CORAZÓN DE JESÚS  
SOBRE EL CASTILLO DE MONTEAGUDO (MURCIA)

Composición fotográfica publicada en tarjeta postal